

CLUB DEL MISTERIO

ROSS MACDONALD



**LOS
VERDUGOS**

42



¿Quiénes eran y qué buscaban?

Para Lew Archer llegaron a ser monstruos con figura humana. Casi seguramente uno de ellos era quien había pagado para que se cometieran cuatro crímenes.

Los otros..., pero, ¿cuáles otros?

La pelirroja borracha los conocía. También los conocía el joven delincuente que manejaba las drogas. Lo mismo Cari, que huía de algún lugar y de alguna persona. Y Zinnie, a quien lo único que le faltaba para ser una habitante de Hollywood era estar en Hollywood. Y Mildred, la inocente solitaria. Y el Dr. Grantland, que debió atender aquel feo caso de pérdida de integridad...

En el mundo hay gente buena y gente mala; a veces es necesario enfrentarse con las fuerzas más oscuras de la sociedad moderna.

El hombre alto que odiaba la luz tocó el timbre.

Cuando Lew abrió la puerta, no podía saber que estaba dejando entrar a LOS VERDUGOS.

*A John y Dick, trepadores
de colinas*

PERSONAJES

por orden de aparición

Archer, el detective privado

Carlos Hallman, sicótico, perseguido

Señorita Parish, asistente social. Enamorada de su paciente

Señora Gley, madre de Mildred. El alcohol era su único problema

Mildred, mujer de Carlos. Hay que seguir sus pasos

Ostervelt, el sheriff. Un viejo lascivo

Zinnie, cuñada de Carlos. Mujer liviana

Doctor Grantland, el médico de la familia. Certificó varias defunciones

Jerry Hallman, esposo de Zinnie. Le costó mucho

Señora Hutchinson, habló

Tom Rica, toxicómano. También él habló

CAPÍTULO PRIMERO

Estaba soñando con un mono pelado que vivía en una jaula. Pero había gente que estaba tratando de entrar en ella. Y esto hacía que el mono estuviese en constante tensión nerviosa. Me desperté transpirando, consciente de que alguien estaba en la puerta.

Crucé, descalzo, el frío linóleo de la cocina. Por la ventana pude ver el amanecer. Estaban golpeando suave y persistentemente. Encendí la luz de afuera, quité la llave y abrí.

Un joven corpulento, vestido con ropas de trabajo, saltó hacia atrás bajo la desnuda luz del garaje. Su mechón de claros cabellos estaba sucio. Sus pálidos ojos azules, sin pestañas, miraron la lamparilla en forma patética.

–Apáguela, por favor.

–Me gusta poder ver quién es.

–Está bien –respondió mientras miraba a través de la puerta abierta del garaje el silencioso pavimento gris–, pero no quiero que me vean.

–Está a tiempo para irse.

Volví a mirarlo y lamenté mi frialdad. Su piel tenía un aceitoso brillo amarillento que no era producto de la luz. Debía encontrarse mal, en verdad.

Otra vez volvió a mirar la calle hostil.

–¿Puedo entrar? Usted es el señor Archer, ¿no es así?

–Es un poco temprano para visitas. No sé cómo se llama...

–Carlos Hallman. Sé que es temprano. Estuve despierto toda la noche. –Se inclinó hacia un costado y se afirmó

contra el marco de la puerta. Su mano estaba negra con mugre y había unas lastimaduras sangrantes en el dorso.

—¿Un accidente, Hallman?

—No —titubeó y luego dijo con más lentitud—, hubo un accidente. Pero no tuve nada que ver con él. Por lo menos como usted podría pensarlo.

—¿A quién le ocurrió el accidente?

—A mi padre. Lo mataron.

—¿Añoche?

—Hace seis meses. Ésa es una de las cosas que quería pregunt... de las que quería hablarle. ¿No me puede atender durante un momento?

La forma de hablar del individuo no concordaba con sus vestimentas toscas y sus sucios zapatones de trabajo. Sentí curiosidad.

—Entre.

No pareció oírme. Sus ojos vidriosos se quedaron mirándome.

—Vamos, Hallman. Hace frío con este pijama.

—¡Oh, perdón! —entró a la cocina, era casi tan ancho como la puerta—. ¡Qué barbaridad, molestarlo de esta manera!

—No importa, si hay urgencia.

Cerré la puerta y enchufé la cafetera eléctrica. Carlos Hallman se quedó parado en medio de la cocina. Le arriqué una silla. Olía a campo.

—Siéntese y hable.

—Bueno... ocurre que *nada* sé. No sé, siquiera, si es urgente.

—¿Y entonces, por qué está tan excitado?

—Perdone. Estoy enredando las cosas, ¿verdad? Pero es que estuve corriendo casi toda la noche.

—¿De dónde venía?

—De un lugar. No importa dónde.

Su cara se turbó, rebelando su estupor. Estaba recordando ese lugar.

Surgió una idea que había estado reprimiendo. Carlos Hallman llevaba ese tipo de ropas que entregan en los presidios. Tenía la curiosa humildad que allí se adquiere. Cambié de tema:

—¿Le dijo alguien que viniera a verme?

—Sí. Un amigo me dió su nombre. Usted es un detective privado, ¿no es así?

Asentí con la cabeza.

—¿Su amigo tiene nombre?

—No sé si usted lo recordará —Carlos Hallman estaba embarazado. Hizo crujir sus sucios nudillos y miró al piso—. No sé si mi amigo me permitirá que use su nombre.

—Usó el mío.

—Pero hay una diferencia, ¿no es cierto? Usted tiene una especie de... trabajo público.

—Así que soy un empleado público, ¿eh? Bueno, pero no juguemos a las adivinanzas, Carlos.

—¿Qué piensa hacer? —me preguntó con hosquedad.

—Sírvase una taza de café. ¿Y usted qué piensa hacer?

—No, gracias. Ya nada me importa.

De todos modos le serví un pocillo y bebió con avidez.

—¿Tiene hambre?

—Usted es muy amable..., no puedo aceptar...

—Freiré un par de huevos.

—¡No! No quiero que lo haga —su voz había subido de tono repentinamente, estaba fuera de control.

Le dije al muchachito:

—No me caliento tan fácilmente. Le pregunté un nombre. No me lo quiso decir. Usted tiene sus razones. Muy bien. ¿Entonces qué pasa, Carlos?

—No sé. Recién, cuando me reprendió sólo pude pensar en mi padre. Siempre estaba enojándose. Aquella noche...

Esperé, pero eso fué todo. Hizo un ruido en su garganta que pudo ser un sollozo o un quejido de dolor. Giró la cabeza y miró la cafetera sobre la mesa. Freí seis huevos

en manteca e hice algunas tostadas. Carlos comió lo suyo. Yo comí lo mío y serví el resto del café.

–Me está tratando demasiado bien –dijo, por encima de su pocillo–, mejor de lo que yo merezco.

–Es un pequeño servicio que ofrecemos a los clientes. ¿Se siente mejor?

–Físicamente sí. Mentalmente... –reprimió su depresión y agregó–, hace un buen café. El café de la sala era terrible, cargado de achicoria.

–¿Estuvo en un hospital?

–Sí, en el Hospital del Estado –y agregó con cierto desafío–, no me avergüenzo por ello.

Me miraba fijamente para observar mi reacción.

–¿Qué problema había?

–El diagnóstico decía maníaco-depresivo. Yo no creo que sea un maníaco-depresivo. Sé que estaba perturbado. Pero ya todo pasó.

–¿Lo dieron de alta?

Levantó su cabeza y me miró por sobre el pocillo, casi por el rabillo del ojo.

–¿Huyó del hospital?

–Sí –la palabra se le hizo difícil–. Pero no es como usted se imagina. Yo ya estaba virtualmente curado, listo para ser dado de alta, pero mi hermano no me dejó. Quiere que siga encerrado –su voz adquirió la monotonía de una canción repetida–. Si fuera por Jerry, podría quedarme allí hasta que me pudriese.

La melodía era familiar: la gente encarcelada siempre tiene que culpar a alguien, preferiblemente a un pariente cercano. Le dije:

–¿Está seguro de que su hermano lo mantenía encerrado allí?

–Claro que sí. Él me puso allí. Él y el doctor Grantland obligaron a Mildred a firmar los papeles de internación. Una vez dentro cortaron toda relación. No me visitaba. Hi-

zo que censuraran mis cartas de modo que no podía ni escribir.

Las palabras habían ido apurándose cada vez más, escapando de su boca. Hizo una pausa y tragó saliva.

—Usted no sabe lo que es estar aislado, sin saber qué pasa. Claro, Mildred venía a visitarme cada vez que tenía una oportunidad, pero tampoco sabía de qué se trataba. Y no podíamos hablar con libertad de las cuestiones familiares. Hacían que me visitase en la sala, y siempre tenían presente una *nurse*, escuchando. Como si no se pudiese tener confianza ni con mi propia mujer.

—¿Por qué, Carlos? ¿Usted era violento?

—Me porté como un idiota los primeros días... destrucé un par de cojines y cosas por el estilo. Me metieron en la ducha. Pero jamás lastimé a nadie. Por lo menos no recuerdo haberlo hecho.

Su voz se había hecho casi imperceptible. Pero la levantó y alzó la cabeza.

—De todas maneras, nunca me pasé de la línea, se lo aseguro. No quería darles motivos para que me tuvieran encerrado. Y sin embargo así lo hicieron. Y no tenían derecho.

—Entonces saltó la pared.

Me miró con pálidos ojos abiertos por la sorpresa.

—¿Cómo sabe que salimos por sobre la pared?

No perdí el tiempo en explicarle que se trataba de una expresión, pero que parecía haber acertado con la verdad.

—Entonces, más de uno escapó, ¿verdad?

No contestó. Sus ojos se estrecharon con desconfianza; seguía mirándome a la cara.

—¿Dónde están los otros, Carlos?

—Sólo hay *un* otro —replicó titubeando—, pero no interesa quién es. Se enterará por los diarios, de cualquier forma.

–Quizás no. No publican estas cosas a menos que los escapados sean peligrosos.

CAPÍTULO II

Mis últimas palabras quedaron colgando en el silencio. Girando, girando, insinuando otras preguntas, exigencias... Carlos Hallman miró por la ventana el albañal. La mañana brillaba sin reticencias. Llegaban algunos ruidos esporádicos del tránsito callejero. Miró la puerta por donde había entrado. Su cuerpo estaba tenso, en su cuello sobresalían los músculos como cuerdas. Su cara revelaba intensa concentración.

–Usted piensa que estoy loco, ¿verdad?

–No importa lo que yo piense. No soy quien te atiende la cabeza. Pero si estás loco, necesitas el hospital. Si no es así, qué hermosa manera de probar lo contrario... Deberías regresar y hacerte ver.

–¿Regresar? Usted está lo... –se refrenó.

Lancé una carcajada, en parte porque pensé que era gracioso, en parte porque pensé que le haría bien.

–¿Qué estoy loco? Vamos, dílo. No soy orgulloso. Tengo un amigo siquiatra que dice que deberían construir hospitales con bisagras en las esquinas. Así en cualquier momento se los podría dar vuelta de modo que los que estén afuera queden adentro y los de adentro fuera. Me parece que tiene algo de razón.

–Usted se está burlando de mí.

–¿Y qué hay con eso? Éste es un país libre.

–Sí, es un país libre. Y usted no puede obligarme a regresar.

–Pero deberías ir. De esta forma te estás buscando más líos.

–No puedo volver. Ahora no me dejarían salir.

–Te dejarán cuando sea oportuno. Si regresas voluntariamente, no se pondrán enérgicos. ¿Cuándo escapaste?

–Anoche, anoche temprano, luego de la cena. No escapamos violentamente, en realidad. Apilamos los bancos contra la pared del patio. Levanté al otro hasta la parte superior del muro y él me ayudó a salir con una sábana anudada. Nos fuimos sin que nos vieran, me parece. Tom... el otro, tenía un auto esperándolo. Me llevaron durante un rato. Caminé el resto. Mi padre era el senador Hallman, de Purissima. ¿Ese nombre le sugiere algo?

–Leí en los diarios que murió la primavera pasada.

Asintió bruscamente con la cabeza.

–Me encerraron al día siguiente, no me dejaron ni asistir al funeral. Sé que me puse como loco, pero no tenían derecho para hacer eso. Lo hicieron para evitar que anduviese mirando lo que pasaba.

–¿Quiénes lo hicieron?

–Jerry y Zinnie. Zinnie es mi cuñada. Siempre me odió y Jerry siempre la obedece. Querían tenerme encerrado hasta el fin de sus vidas para poder gozar de la propiedad.

–¿Y cómo lo sabes?

–Tuve bastante tiempo para pensar. Durante seis meses estuve pensando en todas las cosas. Cuando le dieron la orden al doctor Grantland... bueno, es obvio que le pagaron para que me internase. Puede que hasta le hayan pagado para que matase a mi padre.

–Yo creía que la muerte de tu padre fué accidental.

–Lo fué, de acuerdo con el informe del doctor Grantland. –Los ojos de Carlos brillaban con astucia. No me gustó su mirar–. Es posible que haya sido un accidente, en realidad. Pero ocurre que yo sé que Grantland tiene muy malos antecedentes. Esto lo fuí a descubrir la semana pasada.

–¿Cómo supiste lo del doctor Grantland?

–Prometí no divulgar el hecho. Hay un... hay otra gente comprometida.

–¿Hablaste con alguien más de tus sospechas?

–Hablé con Mildred la última vez que me visitó. Fué el domingo pasado. No pude decirle gran cosa por esos espías del hospital. Ni siquiera sé mucho. Por eso es que tengo que *hacer* algo.

Otra vez estaba poniéndose tenso.

–Tranquilo, Carlos. ¿Puedo hablar con tu mujer?

–¿Hablar de qué?

–Cosas. Tu familia. De ti.

–Hable, si es que a ella no le molesta.

–¿Dónde vive?

–En el rancho, en las afueras de Purissima... No, ahora no vive allí. Después que yo fuí al hospital, Mildred no pudo compartir la casa con Jerry y Zinnie. Se mudó a Purissima, con su madre. Viven en Grant 220..., pero yo le diré dónde. Yo también voy.

–Me parece que no.

–Pero debo ir. Hay que aclarar tantas cosas. No puedo esperar más.

–Tendrás que esperar, si es que deseas mi ayuda. Te hago un trato, Carlos. Déjame llevarte de vuelta al hospital. Está casi en el camino a Purissima. Luego hablaré con tu mujer; veré qué piensa de tus sospechas...

–Ella tampoco me tomó muy en serio.

–Bueno, pero yo sí. Al menos hasta cierto punto. Andaré dando vueltas y descubriré lo que pueda. ¿Es un trato, pues? Vuelves al hospital, y déjame hacer el resto.

Me dió un sí dudoso. Era evidente que no le gustaba el trato, pero estaba demasiado cansado y confuso como para discutir.

CAPÍTULO III

Mientras íbamos por el valle, Carlos Hallman me habló de su familia. Su padre había venido al oeste antes de la primera guerra mundial. Tenía dinero, que había heredado, con el que compró un pequeño plantío de naranjas en las afueras de Purissima. El viejo era un típico individuo ahorrativo de Pennsylvania y para la época de su muerte había ampliado sus propiedades hasta unos cuantos miles de acres. El principal agregado a la plantación había venido de parte de su esposa, Alicia, que descendía de una vieja familia agrícola.

Le pregunté si vivía su madre.

—No, mi madre murió hace tiempo.

No quiso hablar de ella. Quizás la hubiera querido demasiado o quizás muy poco. En lugar de eso, siguió hablando de su padre, con una especie de pasión rebelde, como si siguiera viviendo a la sombra de su padre, un hombre de éxito que había sido incapaz de transmitir los genes del éxito a sus dos hijos.

Jerry, el hermano mayor de Carlos, era un abogado que no ejercía su profesión. Durante unos meses, después de su graduación, había tenido un bufete en Purissima. Perdió muchos casos, se hizo de muchos enemigos y de ninguna amistad y reingresó al rancho familiar. Prematuramente envejecido a los treinta años, Jerry estaba dominado por su mujer, Zinnie, una rubia divorciada de origen incierto, que se había casado con él hacía cinco años.

Carlos era muy amargo al hablar de su hermano y de su cuñada; casi tan amargo como al hablar de sí mismo.

Creía que no había cumplido con su padre. Poco después de cumplir los veintiuno se casó, pese a las objeciones de la familia. Pero fué una jugada sucia para Mildred. Ella era otra de las personas con quienes no había cumplido. Creyó que se casaba con todo un hombre, pero apenas comenzada su vida matrimonial, a los dos meses escasos, él tuvo su primer ataque.

Carlos habló con amargura de sí mismo. Aparté mis ojos de la ruta y lo miré. No quiso encontrarse con mi mirada:

—No quise mencionarle mi otro... aquel otro ataque. De todos modos no prueba que esté loco. Mildred nunca lo pensó, y ella me conoce mejor que cualquier otro. Era el esfuerzo a que estaba sometido... trabajando todo el día y estudiando por la noche. Quería ser algo realmente grande, alguien que fuese respetado hasta por mi padre... un médico misionero o algo por el estilo. Estaba tratando de conseguir suficiente crédito como para que me dejaran ingresar en la escuela de medicina, y al mismo tiempo estudiaba teología y... bueno, fué mucho para mí. Reventé y me tuvieron que llevar a casa. Y así, aquí llegamos.

Lo volví a mirar. Habíamos pasado la última hilera de casas de los suburbios y estábamos en campo abierto. A la derecha de la carretera el valle yacía amplio, tranquilo bajo el cielo encendido; las colinas estaban a nuestras espaldas convertidas en azul. Carlos no prestaba atención al mundo exterior. Tenía el aire curioso del que ha sido confinado, como si estuviese atrapado por el pasado, o por sí mismo.

—En fin —estaba diciendo Carlos—, fuí a trabajar en el rancho. Mi padre había empezado a reprimirse, por alguna cuestión del corazón, y yo me ocupé de algunas de sus ocupaciones como supervisor. El trabajo en sí no me disgustaba, afuera, en los bosquecillos, con los recolectores,